

PALABRAS PRELIMINARES

Adelaida G. de Díaz
Hungria*

Es para mí un honor pronunciar unas palabras en un acto tan relevante como este, en que nos reunimos para rendir homenaje al que fue nuestro Maestro, Dr. Juan Comas Camps; tanto mayor cuanto quien concede este honor son los antropólogos que le acogieron en su seno cuando arribó a este país, para él en aquel entonces extraño, teniendo que dejar atrás su tierra, sus amistades, las vivencias de su juventud, gran parte de su vida adulta y un brillante porvenir frustrado por una sangrienta guerra que asoló las vidas y esperanzas de la población española de la época.

No es mi propósito hacer un recuento de la ingente obra de Comas; pero sí quisiera darles a conocer las impresiones que a través de nuestra vida profesional, hemos podido tener aquéllos que, sin convivir con él, empezamos a conocer de sus trabajos, en un principio en forma semiclandestina en España; más tarde en Suramérica, hacia los años cincuenta, cuando ya se distinguía por sus méritos como profesional, posteriormente, en la década de los sesenta, en las ocasiones en que coincidimos con él en numerosos congresos, y, finalmente, cuando cargado de honores profesionales, continuó trabajando incansablemente, hasta el momento indefinido en que, tras su desaparición física, que en principio desconocimos, seguimos recibiendo sus trabajos y le manifestamos nuestro respeto y satisfacción por la recepción de su tercer doctorado "Honoris Causa", con cuya concesión se reconocían los méritos de nuestro querido Maestro en la Universidad Complutense de Madrid, Doctorado que sólo se le pudo otorgar post-mortem.

Habían pasado tantos años, que parecía imposible su desaparición; un hombre tan austero como la propia tierra de la isla de Menorca que le viera nacer en el mismo comienzo del siglo, y a la que fuera con nostalgia a abrazar a sus amigos cuarenta años después, al mismo tiempo que dejara en la modesta biblioteca de Alayor todos los ejemplares de su obra; tan inflexible ante la verdad científica que no dudara en defenderla aun a costa de sufrir contratiempos;

* Universidad Central de Venezuela.

tan recto como para no aceptar invitaciones cuando ellas pudieran implicar solapadamente que defendiera situaciones moralmente inaceptables; tan maestro como para advertir a los colegas de sus errores y evitar de esta forma críticas públicas que él mismo se vería obligado a hacer, de no corregirlas a tiempo el autor; tan leal como para rendir homenaje y estar siempre dispuesto a reconocer públicamente la capacidad de sus maestros; tan constante como para defender incansablemente su profesión en situaciones que pudieran implicar ataques a la misma; tan entusiasta en la defensa, en toda ocasión, de la población indígena americana, a la cual dedicara gran parte de su vida, así como a la causa antirracista; y tan trabajador, hasta parecer inconcebible que en una vida, por muy larga que sea, se pueda producir una obra como la que él dejó; se puedan intercambiar conocimientos científicos con investigadores de todos los lugares del mundo; se pueda desempeñar eficientemente toda clase de cargos directivos en congresos, reuniones, coloquios y toda variedad de eventos científicos; se pueda atender a consultas de sus compañeros, especialmente suramericanos; se pueda dedicar a la enseñanza a nivel superior, que desempeñó durante mucho tiempo en esta, su segunda patria; se puedan dictar cursillos, de los que conocen muchos investigadores que en ellos recibieron enseñanza; y, en fin, se puedan impartir conocimientos en los días en que nos acompañaba en las expediciones, a conocer e investigar las poblaciones indígenas, a las que tanto respetaba.

El hombre íntegro que fue Comas, manifestó también una preocupación, a la que quiero aludir para finalizar estas notas; el humanista, el hombre para el que no había fronteras, por los mismos ideales que defendió, conocía profundamente de los problemas que sufrían los antropólogos de las naciones en desarrollo, especialmente de Iberoamérica. E hizo cuanto en su mano estuvo: Ayudarnos, no solo con su apoyo, sino con sus críticas.

Nuestros países, hace treinta años, mantenían un bajo nivel en la enseñanza y en la investigación de la Antropología Física, por no haberse podido sobreponer a la grave crisis que la afectara a principios de siglo; Comas nos alentó, nos ayudó, sintió con nosotros nuestra ausencia de bibliotecas y nuestra falta de investigadores, y, en fin, nuestra impotencia. Y sus trabajos sirven de ejemplo en nuestros Centros de investigación y Universidades.

Al finalizar la década de los sesenta, estuvo consciente de que las dificultades que íbamos a afrontar irían cada día en aumento hasta hacer imposible que la distancia a nivel de nuestra materia, que nos separa de los países desarrollados, dejase de aumentar.

Finalmente, el avance de la genética de poblaciones, la producción de trabajos multidisciplinarios, el cúmulo de conocimientos, cada día mayor, la proliferación de revistas científicas, la sofistica-

ción progresiva en las metodologías y la necesidad ineludible del uso de las computadoras, son obstáculos que parecen ya imposibles de salvar en nuestros países, principalmente porque tienen hoy problemas más urgentes que resolver.

Comas estuvo en permanente comunicación con nosotros, sintió siempre cuan necesario era el intercambio, y cuan necesario era vencer la individualidad en la producción de las investigaciones, por pequeñas que fuesen, para evitar nuestro aislamiento.

Una aspiración más del Maestro.

